

Un caleidoscopio llamado Estambul

Silvina Espinosa de los Monteros

Samarcanda, Alejandría y Venecia son algunas ciudades que ya desde el nombre plantean un enigma. Su poderosa carga mítica es difícil de separar de la realidad histórica y por lo tanto se convierten en sustancioso material para los escritores. Una de estas urbes es, sin duda, Estambul. También conocida como Bizancio cuando la habitaron los griegos, o Constantinopla cuando en el siglo IV d.C. el emperador Constantino el Grande la transformó en capital del Imperio Romano hasta su caída en 1453 debido a la conquista de los turcos otomanos, quienes la bautizaron con el nombre que tiene actualmente.

Después de que diversos autores como Gérard de Nerval, Théophile Gautier, Gustave Flaubert o Edmundo de Amicis escribieran sobre este puerto natural ubicado a la entrada del estrecho del Bósforo, la estafeta fue tomada por un estambulí de nacimiento: Orhan Pamuk, a quien en 2006 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura. Tras la autoría de ocho novelas, entre las que se encuentran *La casa del silencio*, *El libro negro*, *La vida nueva*, *Me llamo Rojo* y *Nieve* (estos últimos cuatro títulos publicados por Alfaguara), *Estambul. Ciudad y recuerdos* (Mondadori, 2006) constituye un homenaje autobiográfico a la ciudad amada. Si bien al comenzar el libro Pamuk había decidido enfocarse solamente en la urbe, pronto se dio cuenta de que la historia estaba intrínsecamente relacionada con lo que él era. De ahí que los recuerdos de la ciudad estén vinculados a sus primeros veintidós años de vida.

A lo largo de cuatrocientas treinta y seis páginas, Pamuk revela muchas de las claves para entender su concepción del mundo y, por lo tanto, ciertos aspectos que permean su obra literaria. Nacido en el seno de una familia acaudalada (que con los años vino

a menos, al igual que la ciudad), Pamuk narra en un tono cordial e íntimo la ristra de pensamientos y suposiciones que lo llevaron a creer, cuando era niño, que en alguna parte existía otro Orhan: una suerte de doble con el que se toparía en el momento menos pensado.

Entre los mayores aciertos de la narrativa de Pamuk se encuentra la eficacia con que logra transmitir las impresiones que se tienen en la infancia. Ese revoltijo de intuiciones y aprendizajes nebulosos que, con la perspectiva del tiempo y un buen observador como Pamuk, pueden llegar a revelarse como verdaderas epifanías. Más que determinar negativamente su existencia, las frecuentes peleas entre sus padres hacían que el autor se desdoblara dentro de un segundo mundo regido por la imaginación y el juego. Al igual que la ciudad, Pamuk (que significa algodón en español) percibía dentro de sí la semilla de la maldad. Esa parte oscura y enigmática a la que no acababa de descifrar. A través de todos aquellos recuerdos infantiles, admiramos una portentosa ciudad transformada en ruinas. Comprendemos las implicaciones de la palabra *hüzün* —que significa amargura— al referirse al estado permanente de los habitantes de Estambul. Un tipo de amargura hermanada con la melancolía provocada por la destrucción, la pérdida y la pobreza; del saber que lo que uno es y lo que tiene a la vista es sólo el despojo de lo que fue un imperio.

Pamuk echa mano de la obra de cuatro autores estambulíes, que dejaron en claro su amor por la ciudad en el siglo XIX e inicios del XX: el periodista Ahmet Rasim, el novelista Tanpınar, el poeta Yahya Kemal y el memorialista Abdülhak Sinasi Hisar. Sus respectivos textos dejan constancia de la grandeza y el magistral deterioro de Estam-

bul, como bien lo sintetiza el epígrafe del libro de Pamuk, tomado de *Cartas de la ciudad* de Ahmet Rasim: “La belleza del paisaje está en su amargura”.

A través de las páginas del libro nos percatamos del nutrido caudal de vasos comunicantes que existen entre el autor y su ciudad natal, conocemos el gran entusiasmo de Pamuk por la pintura y luego el abandono de este oficio, que coincidió con la implacable despedida de quien fuera su primer amor. Así como muchos escritores necesitan viajar y cambiar de aires para alentar la creatividad, en *Estambul* Pamuk señala que para él ha sido determinante el hecho de permanecer ligado a la misma casa durante cincuenta años: “Esa dependencia de Estambul significa que el destino de la ciudad era el mío, porque ella es quien ha formado mi carácter”.

Un carácter que lo llevó a pronunciarse en contra del aniquilamiento de un millón y medio de armenios y treinta mil kurdos a manos de los turcos en 1915, lo que le ha valido constantes amenazas de muerte por parte de fanáticos nacionalistas, además de un juicio legal por “ofender la identidad turca”, mismo que se suspendió poco antes de ser reconocido con el Premio Nobel de Literatura en 2006. **U**

